

DIALOGO CON LOS LECTORES

Los lectores dialogan. Síntoma éste alentador en un mundo como el nuestro en que predomina el desinterés en muchos —sobre todo católicos— por los problemas humanos concretos que rozan nuestra proximidad —sean religiosos o no lo sean—, y que a todos deberían afectarnos profunda y seriamente.

Creo que en buena parte de nuestro mundo de hoy, y también en nuestro suelo hispano, hay dos posturas igualmente perniciosas para el futuro: la de quienes se exaltan y apasionan a favor de un retrogradismo que lo mejor que puede decirse de él es que está lleno de incultura y los que se encogen de hombros y no quieren saber ni pensar nada del mañana, sino sólo del presente, incluso —la mayor parte de las veces— de un hoy rastrero y puramente egoísta.

Y eso se manifiesta lo mismo entre creyentes e increyentes; pero mucho más entre los creyentes, especialmente en aquellos que piensan tener las llaves del cielo y de la tierra, porque se benefician de la salvación —económica, social...— de este mundo, y están convencidos también de ser unos privilegiados que se salvarán en el otro, por haber hecho unos pequeños sacrificios llenos de egoísmo.

Por eso, cuando un lector —como mi buen amigo Antonio Menchaca—, desde un punto de vista respecto a la religión muy distinto del mío, se siente llamado a poner apostillas a un artículo religioso como el que titulé «Cuatro meses de Iglesia» es buena señal. Porque es signo de que todavía bulle algo entre quienes tienen poca ocasión de manifestarse, pero no por eso dejan de existir.

Cualquier lector puede leer su carta en esta Revista, y verá qué justas y sabrosas cosas dijo el escéptico académico Druon a la Iglesia de Francia. Y qué cosas pide Menchaca que se apliquen también a nuestra Iglesia española; porque mucho de lo que Druon achaca al catolicismo de su país, cambiando algo el cuadro histórico, se podría aplicar a nuestro catolicismo patrio, tan lleno históricamente de abusos, oportunismos, dejaciones y fallos.

Todo eso es cierto y, en un resumen escueto como fue el mío, faltaba. Pero todo no se puede decir en pocos folios, y la selección, obligada en este caso, tiene el defecto de hacer sentir un vacío a quien se preocupa sobre todo por la mitad que falta en lo que se escribió.

En estas mismas páginas —creo bueno recordar— llevo nueve años batallando, semana tras semana, por aplicar —como creyente— a la parte humana de nuestra religión el duro escarpelo que aplicó Druon —desde su punto de vista agnóstico— a su religión patria. De ahí que me pareció inútil fijarme en esos aspectos ya tratados por mí para dolerme —con tantos católicos franceses— de que pareciera Druon defender una imagen actualmente inmovilista de la Iglesia. Eso es lo que no puedo admitir. Y no porque me encuentre en el plano infantilmente progresista de muchos católicos avanzados que estrenan ingenuo y superficial radicalismo, sino porque querría encontrarme más allá (y no más acá) de ese progresismo religioso, para situarme muy cerca de la postura de muchos no-creyentes a quienes admiro y con los que coincido en buena medida.

Tampoco lo hice porque quiera olvidarme de lo religioso en esta época de secularización, sino porque quisiera poner lo religioso en un lugar distinto del que lo situaron ayer los católicos conservadores —que eran mayoría—, y hoy los católicos progresistas, que van aumentando proporcionalmente, no sé si porque cada vez hay más o porque los conservadores son cada vez menos.

La religión debe estar (como la han puesto actualmente muchos investigadores de la sociología, de la historia, la filosofía y la psicología religiosas) en un punto donde la línea divisoria entre creyentes e increyentes se difumina y hasta se pierde casi.

La esencia de lo religioso no la pongo ante todo en el culto a una divinidad, fuera o dentro de nuestro mundo, ni en doctrinas más o menos esotéricas del más allá, ni en normas inexplicables de una moral que no sabemos de dónde viene, sino en algo mucho más elemental y previo: en el respeto sincero a lo sagrado.

Pero lo sagrado, entendido como lo han hecho los investigadores de la ciencia de las religiones en estos últimos tiempos, y descrito excelentemente por uno de ellos así: «El ateo que da su vida en aras del ideal altruista de una sociedad sin clases, el hombre de ciencia que prefiere sufrir persecución o martirio antes de profanar la verdad, el artista menesteroso que prefiere morir de hambre con tal de no faltar al servicio de la belleza, no son en un sentido estricto hombres religiosos, pero todos son ejemplo de ese sentido humano de lo sagrado, que es también distintivo de la religión». (N. Micklem, *La Religión*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México.)

El fundamento de lo religioso, lo más valioso de su esencia, no está ante todo en las consecuencias culturales, doctrinales o normativas; no. Se halla en algo anterior a esto, porque «la repugnancia hacia las formas de religión, organizadas o tradicionales, no es por sí misma prueba de irreligión, y parece que hay muy pocos hombres que no veneren algo, que no se den cuenta de los valores infinitos o de las obligaciones absolutas, o no sientan las intimaciones de un mundo por encima de lo sensible que nos rodea, y que se da a conocer en la conciencia, la belleza, el amor y la lealtad». (N. Micklem, o. c.). Esa es mi convicción también.

El problema surge, sin embargo, cuando aceptando esto convencidamente se es consciente de las consecuencias que trae ello consigo. Porque, en un país como son muchos de tradición cristiana, como el nuestro, se ha puesto el jinete al revés, y lo más importante se ha sobrepuesto a lo secundario, deformando casi totalmente la imagen auténtica de lo religioso, porque se ha hecho hincapié en toda suerte de añadidos exteriores que —sin lo otro que es previo— se teratologiza, deformándose y desvirtuándolo.

La crítica que muchos católicos —obispos incluso, aunque demasiado pocos y demasiado tímidamente— estamos haciendo a la hojarasca falsamente religiosa adherida a nuestro catolicismo era una crítica necesaria e imprescindible. Se estaba poniendo, en forma alarmante, lo inferior como si fuese lo superior, y esto último se lo consideraba como si no tuviera importancia, cuando realmente es lo que da sentido y justificación a lo exterior cuando existe.

Tan verdad es todo esto que un profesor católico, Louis Debarge, en su último libro, excelente y profundo, afirma que «lo que con harta frecuencia juzgamos como un comportamiento religioso (la profesión de los dogmas, la frecuentación de los sacramentos, la asistencia regular a misa, la plegaria o mil otras prácticas de piedad más o menos tradicionales) puede transformarse, bajo la mirada perspicaz de los psicólogos y de los psicoanalistas, en hechos sin significado auténticamente religioso, explicables por presiones sociales, por modelos culturales o por mecanismos inconscientes normales o morbosos». (L. Debarge, *Psicología y Pastoral*. Ed. Herder, 1970. Barcelona.)

¿Cuántos católicos, altos y bajos, en España han obedecido y obedecen a presiones sociales de conveniencia egoísta, que les impulsan a seguir practicando o a mantener determinadas creencias religiosas? ¿Cuántos lo hacen por costumbre inveterada, lo mismo mental que práctica? ¿Y cuántos son impulsados a su actitud religiosa por mecanismos psicológicos que tan bien estudió Freud, y su discípulo E. Jones en su descarnado libro «*La Pesadilla*», y que constituyen básicamente una neurosis o individual o colectiva?

A estos motivos muchos añadirían —sobre todo echando una amplia mirada a la historia— aquellos que el académico Druon achaca a la Iglesia francesa: la debilidad, el oportunismo, la pasión parcial y tantas flaquezas humanas defendidas en nombre de la religión, pero que, cuando han existido, se encuentran en los antípodas de ella, porque se acercan más a lo inferior que a lo superior, a lo bajo más que a un alto ideal de entrega, desprendimiento y altruismo en que consiste la vivencia de lo sagrado, única base y fundamento de lo auténticamente religioso, póngasele el nombre que se le ponga.

MIRET MAGDALENA